



Ilustración: LETRAS LIBRES / Alma Larroca

El retorno de Diderot

JULIO HUBARD

El Estado que se consolidó al amparo de la Revolución industrial se volvió un aparato contaminante. Para afrontar los desafíos del futuro es necesario restarle poder a ese Estado.

ASIGLO Y MEDIO DE Darwin, seguimos preguntando por un eslabón perdido, incluso a sabiendas de que la evolución se define por sus saltos, por las mutaciones, y que la evolución no puede ser una cadena continua. Nos angustia que las cosas queden sueltas y actúen de suyo, sin permisos, que no se atengan a un principio central y nos viene bien organizar el propio pensamiento desde unos principios aglutinadores. Acumular, ordenar y administrar, ya no los saberes sino el saber; no los pensamientos sino el pensamiento. Así nació la *Encyclopédie* de D'Alembert y Diderot. No solo fue un magnífico ejercicio civilizatorio y un progreso histórico, en muchos sentidos; también ha sido el emblema de un modo de pensar concéntrico. Pero toda concentración de materiales o energías en un sistema

cerrado incrementa la presión. Al mismo tiempo que el mundo ve surgir y cundir la máquina de vapor, se desata el caos en el proyecto enciclopédico. Máquina y páginas hacen lo mismo: concentran la materia, la procesan –una por el fuego, la otra por la inteligencia– y la conducen a su resultado deseable.

Toda la historia ha obedecido a una intuición dualista, todavía aristotélica, hilemorfista: hay un principio activo y uno pasivo. Poder y masa. Forma y materia. La vida es fuerza que actúa sobre objetos. Y esa mentalidad ordena todo: cuerpo y alma, una magnitud pasiva a la que le llega el movimiento por una fuerza independiente; cuando se separan, el cadáver vuelve a ser mera masa y el alma, fuerza suelta.

Pero Diderot tiene metida en la cabeza una idea rara: que la materia no es inerte, que “la fuerza que actúa sobre la molécula se agota [y] la fuerza íntima de la molécula no se agota en lo absoluto”. Rousseau, fervoroso teísta, termina su amistad con Diderot y deja de colaborar; el ateísmo militante de D’Alembert y el materialismo de Diderot lo llevan a su límite. Dice Rousseau (sigo a Jean Starobinski, *Acción y reacción*) que “todo movimiento que no es producido por otro, solo puede proceder por un acto espontáneo, voluntario; los cuerpos no actúan más que por el movimiento, y no existe verdadera acción sino por voluntad. He aquí mi primer principio. Considero entonces que una voluntad mueve al universo y anima a la naturaleza. He aquí mi primer dogma, o mi primer artículo de fe”. Y la respuesta diderotiana: “Veo todo en acción y reacción; todo reduciéndose en una forma y recomponiéndose en otra; sublimaciones, disoluciones, combinaciones de todo tipo, fenómenos incompatibles con la homogeneidad de la materia, de lo que concluyo que esta es heterogénea; que existe una infinidad de elementos diversos en la naturaleza; que cada uno de esos elementos, por su diversidad, tiene su fuerza particular, innata, inmutable, eterna, indestructible; y que dichas fuerzas íntimas del cuerpo tienen sus acciones fuera del cuerpo; de ahí nace el movimiento o más bien la fermentación general en el universo.”

Poco después vino el choque del físico y matemático D’Alembert contra el químico Diderot y el quebranto final del proyecto. La discrepancia comenzó con la rebelión de Diderot contra el modo de razonar la materia y la energía, y su sublevada idea de que todo está lleno, en sí, de ser: la materia misma es dinámica, la masa es de suyo vivaz. D’Alembert, el geómetra, se enfurece: no piensa perder su tiempo con “las fuerzas inherentes a los cuerpos en movimiento, seres oscuros y metafísicos, que no son capaces más que de esparcir las tinieblas sobre una ciencia de por sí clara” (*Tratado de dinámica*). Rompen y Diderot sigue y persigue su búsqueda principal: hay, tiene que haber, “un paso de la sensibilidad inerte (que atribuye a la materia) a la sensibilidad activa (privativa de lo vivo)”. El paso no llegaría sino hasta la física de partículas subatómicas: la

*El Fausto de Goethe se halla en una paradoja que no advierte: ¿por qué puede vender el alma y seguir siendo Fausto? Si acaso, el principio activo puede enseñorearse sobre la masa pasiva. Si el reducto del ser es el alma, que posee al cuerpo, entonces sería posible solamente la operación contraria: que el alma vendiera su propiedad, el cuerpo.

vivacidad de la materia. El concepto de la energía había cambiado: la materia tiene en sí energía. La química, fabricante de ateos, conservó los fermentos, pero la física incauto de las explosiones. La Bastilla fue tomada para buscar pólvora, no libertad.

La mecánica del universo físico y la mentalidad ponían al mundo de cabeza sin variar su estructura dual:

Sin contrarios no hay progresión. Atracción y repulsión; Razón y Energía; Amor y Odio, son necesarios a la existencia humana.

De estos contrarios surge lo que las mentes imbuidas de religión llaman el Bien y el Mal. El Bien es pasivo y obedece a la Razón. El Mal es activo pues brota de la Energía. El Bien es el Cielo. El Mal es el Infierno.

[Traducción de Salvador Elizondo.]

Esta visión de William Blake (*El matrimonio del Cielo y el Infierno*) es su vía de salvación (la intrincada teología de Milton: la salvación es un camino de progreso y conocimiento que inicia de parte del diablo; luego surge el bien en la naturaleza humana, no porque se tenga sino porque se adquiere). El camino al paraíso es de asfalto y petróleo, de lumbres y explosiones que transformen la faz de la Tierra. Para Blake, como para multitud de románticos, la Revolución francesa es el camino de lumbre hacia la redención de la voluntad humana.

Fausto es ingeniero y es jurista, piensa en el poder y en el derecho y también halla el progreso en el poder del diablo sobre la pasividad del mundo material. Emblema de la modernidad occidental, al grado de que Oswald Spengler yergue al fausticismo como único punto dialéctico a la altura de la revelación apolínea de la mentalidad griega. Y hacia el final de *La decadencia de Occidente*, rompe en un *finale* de entusiasmo wagneriano:

El inventor y descubridor fáustico es algo único [y] todos nosotros llevamos eso en la sangre [...] Estos fervorosos inventores, en sus celdas, *arrebatan* a Dios su secreto entre oraciones y ayunos y consideran esto como un *servicio* de Dios. Aquí es donde nace la figura de Fausto, símbolo magno de una auténtica cultura de inventores. [...] La máquina es cosa del diablo. Tal ha sido siempre la sensación de la fe auténtica. [...] *Trabajo*; he aquí la gran palabra de la reflexión ética. Pierde, a partir del siglo XVIII, en todos los idiomas su sentido despectivo. La máquina trabaja y obliga a los hombres al trabajo. Toda la cultura ha entrado en tal actividad de trabajo, que la tierra tiembla.

[Traducción de Manuel G. Morente.]

Hasta entonces la lumbre y el fuego habían sido una pura hospitalidad. Yahvé fue lumbre que no consume, el fuego que Heráclito veneraba, la musa de fuego que invoca Shakespeare, los fuegos de artificio de Händel y la *Sinfonía 59* de Haydn todavía son parte de una cultura de un fuego amigable, que hace hogar, cocina, noches apacibles o fiestas; que se puede concentrar en hornos y forjas de metales, todo a escala de la herramienta y el trabajo humano. Para cuando Haydn envejece comienza la

Revolución industrial. Tras ella, armamentos pesados, fábricas que humillan la escala humana, los nacionalismos, el capitalismo salvaje y sus salvajes adversarios –ninguno de los cuales se opone a la cultura de Mefistófeles: acumular la lumbre y, más, la explosión dentro de armatostes gigantes, en un “espectáculo suprametálico y architrónante” (dijo Apollinaire)–. Carbón, gas, petróleo –cosas que arden–. Hasta el capitán Nemo dependía de la combustión. A cientos de metros bajo la superficie del mar, el Nautilus se propulsaba por vapor. Y la contaminación de la que habla Dickens es igual culpa de los humos y gases y vapores con que el trabajo alienado satura la atmósfera. Después vino la energía de la fusión atómica, cuya primera incursión útil fue la más horrenda bomba que hayamos visto y la certeza de que el poder que acumulamos es capaz de aniquilar lo que somos.

Pero queda el otro modo de pensar. Diderot neceaba con que la materia misma es la vitalidad. Toda molécula está imbuida de una energía que él llama vitalidad.

Para muchos, cambiar de mentalidad es tan difícil como alzarse por los aires jalándose de los pelos. La descripción

Así como el verdadero ateo, Diderot, supo zafarse del pleito teológico, **el ciudadano actual quizá aprenda a zafarse del Estado.**

de nuevas mecánicas, o situaciones, y los cambios de mentalidad enrarecen las descripciones. No sabemos describir todavía las transformaciones que vienen con los cambios tecnológicos. Pero sabemos que el paquidermo estatal no es ya el organizador de la sociedad y sus evoluciones.

La transformación no es con el Estado, pero tampoco necesariamente contra el Estado. Es decir: no depende de las instituciones públicas, por más que jueguen un papel nodal. El Estado quedó en la posición de impedir, o no, la organización autónoma de las sociedades. Y esta mecánica desbarata el poder que viene de acumular y administrar (de modo material o jurídico): combustibles, electricidad, agua, alimentos y derechos sobre la tierra. Dos cosas pueden restarse de aquella acumulación en tiempo breve: gran cantidad de combustibles y el flujo de electricidad. (Con ello, la emisión de CO₂ se reduciría dramáticamente.)

Avanzar hacia ese punto, sin embargo, implica una amputación del aparato estatal. Los Estados que se opongan serán el próximo oscurantismo; los que sepan hacerse a un lado y no estorbar, o incluso impulsar la transformación, se

harán mucho menos poderosos: la fuerza y el poder pierden su centralización, su acumulación y se dispersan en iniciativas mucho más pequeñas. Esto es motivo de entusiasmos, aunque no venga envuelto en pura luz.

La libertad verdadera no es una oposición sino una independencia. Y, como en la lógica del control y centralización de la energía, queda la intuición de que la supervivencia no depende del Estado sino de la autonomía respecto del Estado. Hay muchas formas de salir del monstruo. La primera fueron las redes sociales y sus nuevas dinámicas, que vuelven inútil el intento de control gubernamental en las comunicaciones; incluso en internet: hasta D’Alembert, Rousseau o incluso Diderot habrían considerado idiota el proyecto de una enciclopedia gratuita, abierta a la participación y modificación voluntaria de cualquiera. Del mismo modo habría parecido ridículo pensar que uno pudiera generar su propia electricidad. Y sin embargo, el físico y empresario sudafricano Elon Musk ha lanzado su Tesla Powerwall, que almacena energía a precios rentables (menos de cincuenta centavos por kWh). Es la primera generación de baterías eficientes. El precio bajará y, si consideramos que el sol genera 1 GW por kilómetro cuadrado, por su sola actividad, nuestra ingeniería fáustica queda como juguete de niños berrinchudos: la gigantesca hidroeléctrica que se construye para abastecer Guadalajara está calculada para producir setecientos cincuenta MW diarios; es decir, el 75% de lo que ofrece el sol cotidiano y gratuito.

No se trata de hacerle la guerra al Estado, pero sí de restarle poder, que por naturaleza es combustible, explosivo y contaminante. Es el punto en donde la política y el poder se muestran recíprocamente excluyentes. Surge un nuevo millón de problemas: las formas jurídicas del cambio, los límites de la acción ciudadana y sus vínculos con otras organizaciones, comunales y públicas; las formas siempre odiosas de exacción; el universo de las patentes y la propiedad intelectual de obras, formas, tecnologías y códigos informáticos. Y luego, cómo lidiar con los terrorismos, sobates, insurgencias y revoluciones que han abandonado la lógica del fuego para utilizar como armas las formas civiles y cotidianas –porque bastaron unos boletos de avión, unas navajas de papelería y teléfonos celulares para derrumbar las Torres Gemelas; o la simple concurrencia de fin de semana para sumir a Francia en el pavor–. Contra el crimen no sirve la política: se requiere del poder. Pero debe ser replanteado, no repetido. También queda claro que no se pueden sustituir todos los grandes capitales por una economía de cooperativas. Nadie quiere volver al Neolítico, por más que deseemos incorporar a nuestro futuro su antigua negativa a dejarse mandar. Pero el Estado nación que se forjó en el fuego y en el gobierno de la combustión interna se volvió un cacharro contaminante. Así como el verdadero ateo, Diderot, supo zafarse del pleito teológico, el ciudadano actual quizá aprenda a zafarse del Estado. Cortar cordones umbilicales. Ya empezamos con los teléfonos; en pocos meses podremos comenzar con la corriente eléctrica. –

JULIO HUBARD (ciudad de México, 1962) es poeta y ensayista. *Hacédama* (Conaculta, 2009) es su libro más reciente.